

# DEL BOTIJO EN LA ACERA, AL PISO EN LA COSTA

CARMEN CASTRO

En el espacioso mundo habitado existe un acuciante problema: el de dar asilo construido, albergar contra intemperies, a una Humanidad en fase de expansión y que a pesar de los accidentes de carretera, los fallos cardíacos, malas acciones del cáncer y peores de sufrir por causa de guerras, aumenta a ojos vista y a ritmo impredecible. He aquí el gran problema de nuestro siglo. Pienso que así como el mejor epitafio para una romana fué, en el Imperio descompuesto, "supo hilar", así en nuestro siglo discordante, cruel, será epitafio digno de merecerse el de "supo dar moradas habitables a los residentes en Tierra".

Pero los grandes problemas—ya se sabe—llevan anejos racimos de problemillas. A la vera del gran problema—casi insoluble—de ofrecer morada a los humanos todos, surge el de ofrecer moradillas a los humanos en busca de un merecido, ineludible descanso, y del bien ganado derecho a cambiar la propia piel.

Los habitantes de la ciudad—por ejemplo

de Madrid—ya no pueden sentirse renovados para vivir el otoño venidero saliendo a las puertas de sus casas, en verano, a tragar un poco de polvo, un mucho de chismes y algo de agua de botijo. El hombre ciudadano de cualquier ciudad busca, durante el sol veraniego, mudar la piel usada por el trabajado invierno y adquirir una nueva, esa que surge pura debajo de la requemada. En realidad—y salvadas las excepciones del caso—lo que pretenden los hombres en la estación caliente es "hacer piel nueva", es decir, dar satisfacción a las múltiples necesidades de su exigentísimo cuerpo actual, porque nunca fué el cuerpo del hombre tan exigente como en nuestros días.

Partiendo de este hecho, fácilmente se comprende que las construcciones, los recintos acondicionados para albergar al hombre en vacaciones han de tener en cuenta, ante todo y sobre todo, el cuerpo del hombre. Es un cuerpo que, en vacaciones, precede y preside la personalidad del hombre; un cuerpo señor del tiempo del hombre durante su ocio,

cuando menos. Estas vacaciones de ahora se caracterizan porque el cuerpo en sí del hombre cuenta con renovarse.

No es invento mío, sino una estampa comprobable: ¿a qué se parecen las concentraciones de viviendas habitadas por turistas con pasaporte o sencillamente con documento de identidad, si no es a esas pinturas en que está figurada la Resurrección de los muertos el día del Juicio? Los cuerpos de los muertos salen a vida procedentes acaso de unas puertas, de la misma tierra—como los que acampan—con jirones de ropas en las manos, la inevitable toalla playera. Son aquellos cuerpos salvados, en el Juicio, por sus propias almas. Son estos cuerpos olvidados en demasía por sus almas, en vacaciones. He aquí el hecho más importante del vivir sin yugo laboral durante las vacaciones.

Sin embargo, en todo tiempo hubo gentes ciudadanas amigas de la Naturaleza o conscientes de que es bueno hacer lo que otros hacen cuando ello no desagrada en extremo. Eran gentes que tenían por costumbre pasar





el tiempo cálido del verano en lugares de frescor, en esos lugares a los que se aludía sin más que las palabras monte, campo, playa, baños...

De entre cuantos salían de la ciudad, llegado el calor, algunos, los más fuertes económicamente, construyeron en sitios muy bien elegidos las grandes casas de verano. Entonces hubiera estado muy mal visto declarar tan paladinamente los derechos y las exigencias del propio cuerpo—aunque eran muy menguadas, ciertamente—y se planteaba el veraneo como una cosa buena para la propia familia, sobre todo para las mujeres, los niños, los adolescentes y los jóvenes. En cuanto a los grandes cabezas de familia, consideraban para sí el verano como un necesario alejamiento de los quehaceres forzados, a fin de rehacer las fuerzas creadoras que la ciudad consumió siempre, antaño como hogano. Las grandes casas de verano fueron construidas ante la exigencia del cambio de aires: no era pensable que nadie quisiera *cambiar de ambiente*, como hoy se busca. La verdad es que ahora estas grandes casas de verano no se construyen por razón de un cambio que se busque; más bien se desea airear en lugar visible y señalado el aire del propio vivir, para que más luzca. La llamada hoy *finca* es como el reclamo de la situación social de quienes la poseen (vayan siempre salvadas todas las excepciones del caso). Las casas de estas fincas son casaralde, casas para enseñadas mucho más que para vivirlas en su intimidad, y en la intimidad de uno mismo.

Así como en la ciudad todo habitante busca vivienda adecuada a su vida de trabajo o de relación social, y de la casa en que se habita se exige sólo que se deje habitar y funcione en todo momento como conviene que lo haga, a las grandes casas de verano se les pide que sean escenario, decoración y focos que hagan resaltar debidamente a sus dueños. Es decir, que sean una perfecta escenografía para la figura social que son, o en ocasiones desearían llegar a ser sus propietarios. De aquí procede, sin duda, que a mí me parezcan los dueños de muchas de estas casas cuerpos muy bien estuchados en ellas, pero vidas muy mal ajustadas al

entorno que las cobija; la casa dice muy bien con la figura social de sus habitantes. Esto es verdad, pero resulta insuficiente su concordancia arquitectónica con la personalidad auténtica de sus moradores.

Las grandes casas de verano son la expresión de las exigencias de unas figuras sociales, de unos cuerpos pudientes y con grandes exigencias, a los que sus dueños pudieron satisfacer al cabo. Por eso hablan ellos de esas casas suyas como del lujo, del capricho de sus vidas, y quieren hacerles parecer algo que no son: superfluas. Mientras que el visitante está seguro de que son verdadera expresión de unos ineludibles anhelos personales acaso sólo en ellas realizados. Porque esto es así, ocurre a menudo que los propietarios de estas grandes casas de verano—o de vacaciones—enmienden la plana, a los arquitectos que las proyectan, con tanta insensatez como razón: es patente, muchas veces, que la enmienda del propietario rompe la arquitectura por la que paga un alto precio, pero al hacerlo da razón a su sentir personal, un sentir que no se atreve a poner sus aspiraciones con toda claridad sobre el primer plano: su deseo de contar con una escenografía, y no con una casa para vivir en hondura lo mejor de sí mismo: quiere montada en construcción la escena para representar sus más ocultos anhelos.

Si en estas grandes casas el arquitecto, a veces, padece, es seguro que en las casas medias y en las pequeñas no padecerá, si tiene en cuenta que las personas, en vacaciones, son, ante todo, cuerpo físico—incluso hasta extremos inverosímiles—y construye casas para los cuerpos que llevan al sol y al mar, las personas habitadoras de las moradas veraniegas.

Fuerza es decir lo que es patente y claro: se han construido y aún se construyen casas maravillosas sin más preocupación—fuera de las elementales, que presiden la construcción de toda vivienda—que la de humanizar el paisaje, incrustando en él un elemento de belleza creada por el hombre. Esto acontece cuando se ordenan vegetales de elección, cuando se buscan encuentros armoniosos entre las líneas puestas por el hombre y las puestas por la misma Tierra, con ayuda de

las aguas, con ayuda de los vientos... Casas y parques, jardines y viviendas de toda índole, ¡cuántas veces son muestra de un entrañable, apasionado sentir de ciertas personas por ciertos lugares, lugares de sus vidas, tiempo de sus almas allí transcurrido! He aquí la presencia de las buenas casas en campo para veranear.

Las grandes casas de campo, viejas y nuevas, tienen nuevas posibilidades de vida, sobre las suyas iniciales, en estos años del Turismo con mayúscula. Muchas de ellas siguen siendo habitadas por sus propios dueños, pero no todas. Y de entre ellas las hay convertidas en hoteles o en casas alquiladas. Las más ambiciosas, y tal vez las menos cuerdas, se han convertido en centros—núcleos—de urbanizaciones. Como si todo terreno en zona turística hubiera de ser convertido en campo de Turismo: a saber, en suelo de *camping*, o en terreno construido. Esto segundo es más grave. Porque el hombre se va estropeando de vivir en tierras que han perdido su gran belleza grandiosa, en tierras que se han desarmonizado, en parques mutilados, jardines agobiados... Pienso que no hay armonización posible entre una mansión señorial y su amplio parque, y una apretada urbanización de las aprestadas aceleradamente para detener en su terreno y usar al Turismo.

Como es forzoso—¡qué duda cabe!—albergar en alguna parte los cuerpos ansiosos de sol de los turistas, los cuerpos en disfrute pleno de sus vacaciones sin bruma, se han dispuesto—y aún siguen disponiéndose—hoteles, *bungalows*, cásitas, pisos, habitaciones, terrenos para plantar tiendas y aparcas casas rodantes..., habitáculos de toda especie.

Cuanto se disponen a disfrutar de sus vacaciones en tierra extranjera o en la propia buscan hallar las mayores comodidades posibles y un máximo esparcimiento. Digo esparcimiento y no diversión. Porque son muchas las personas para quienes la felicidad perfecta estriba en poder seguir haciendo en otro lugar lo mismo que hacían en su residencia permanente. Y así pretenden continuar su ajetreadísima vida de relación, de diversiones continuas y apenas variadas. Y así también hay quienes gustan de seguir



disfrutando de cuantos problemas crea un vivir familiar y casero, porque se instalan a vivir de alquilado y de paso con los mismos enseres, casi, que tienen durante los meses largos del año con trabajo. Todos ellos hallan su mejor acomodo en hoteles—los primeros—en casitas, pisos o incluso habitaciones alquiladas... los segundos. En esas casas de campo, que son unas casas de ciudad desplazadas.

Existen las criaturas que llevan consigo puesto su propio descanso, por fortuna. Y es gozoso ver cómo lo clavan en torno a las tiendas que plantan airoas y leves en el terreno brindado por los campings, en medio de bosques, y en toda tierra que se preste a su instalación. Tierra a la que nuestro primer poeta de nombre conocido—que así rezan las Historias de la Literatura—, Gonzalo de Berceo, calificaría de *lugar cobdi-ciadero*.

Nadie ignora que acampar es cansadísimo ejercicio. Lleva anejo el forzado quehacer de plantar las tiendas, montar el utillaje necesario para vivir comiendo caliente y bebiendo frío (porque es verano), secando ropas húmedas de mar o rocío, y el de acondicionar camas, sacos de dormir, mesas, butacas, colchones, sillas, duchas, fregaderos, despensa, armarios... Hecho curioso: quienes en sus viviendas ciudadanas tal vez son incapaces siquiera de dejar un periódico junto a los demás del día, puestos en un camping no toleran, sin embargo, ni que un mínimo pañuelo sea tendido fuera de la región prevista para secadero de ropas. Diríase que quienes gustan de acampar son gentes que se pasan el año acumulando sus capacidades de orden, sus energías de organización y de acondicionamiento de cuanto debe ser acondicionado, para que el vivir en tienda sea decoroso y totalmente civilizado, como lo es prácticamente siempre en toda tienda plantada. Los que plantan tiendas exigen que en el camping por ellos escogido reine ante todo el orden, porque del orden depende la inexorable pulcritud exigida siempre por todo buen "campero".

Son de agradecer un buen suministro de agua, de víveres, de luz eléctrica y el hecho de que haya buen servicio de duchas, etc.

Pero todo ello es secundario con respecto a la ordenada pulcritud que debe reinar ante las tiendas; sin ella, los miles de chalecos y los kilos de residuos que se acumulan en el camping durante veinticuatro horas asfixiarían a sus moradores.

En cuanto a la situación de un camping, todo el mundo sabe cómo debe ser: soledad, sol, protección contra viento y lluvia, y cierto alejamiento de toda agua, si no es de la mínima de las piscinas. Quienes una vez acamparon en playa o a la orilla de un río o de un lago, nunca más acampan ya. Generalmente, se lo veda el reuma en aquella ocasión contraído.

En contraste con las gentes amigas de acampar están aquellas otras gentes para quienes el máximo aliciente de sus vacaciones lo constituye el residir en un hotel. Gusta el servicio. Gusta la soledad en compañía. A muchas personas les encanta vivir solas, pero sabiendo que, en todo instante pueden dejar de estarlo trabando palique con otro huésped de su propio hotel. Los hoteles de verano se aprecian más si ofrecen la posibilidad de tostarse en la propia habitación. Conviene borrar rayas inoportunas sobre la piel, y esto debería ser previsto siempre por quienes planean hoteles al sol. Asimismo las gentes quieren tener "buena vista" desde su ventana—mar o campo o monte o río, o lago...—tal vez no se asomen a contemplarla nunca, pero necesitan, cuando menos, poder decir que la tenían, que la disfrutaron. Tampoco resultan gratos los hoteles de vacaciones contruidos con pasillos de tren. Quien descansa parece que descansa mejor si cree que descansa solo, si por un momento puede sentirse favorecido de Fortuna, aislado en un mundo de elección y exclusivo; y es que las gentes todas somos extrañísimas.

El huésped de hotel quiere independencia, su independencia. Sin embargo, abarrota su habitación de cosas, útiles o inútiles, y su instinto gregario le lleva casi todas las tardes o todas las mañanas a engrosar las filas de coches andantes por ciertas carreteras, a paso de caracol dormido, o cuando menos sonámbulo, para ir a los lugares a que va todo el mundo, dejando sin visitar,

sin disfrutar, una serie de lugares que están solos y que ofrecen mil satisfacciones en sí mismos, salvo la de poder decir que se ha ido a... donde fué todo el mundo. Hay un marcado afán de huir de la soledad. Se dice que es por miedo de hallarse a solas consigo mismo, por miedo a que el aburrimiento invada a la persona y deprima sus ganas de vivir. Hay mucha pereza, mucha inercia no vencida en esta evitación de la soledad, signo de nuestro tiempo.

Las gentes con sus cuerpos exigentes, y en busca de satisfacción propia y personal, llegan al verano—porque verano y lugar de veraneo vienen a ser sinónimos ya, puesto que en las capitales el clima es factor inexistente para el ritmo del vivir—digo que llegan al verano y hallan que la Arquitectura del día se manifiesta en tres formas consabidas ya: urbanizaciones, hoteles, casas de campo.

Las casas de campo—ya lo he dicho—suponen la resolución por el arquitecto de un problema personal, distinto en cada caso.

Los hoteles... ninguno hay que suponga una realización nueva y distinta a todas las ya existentes. Porque se sabe cuál es el mínimo exigido por quienes los frecuentan, y porque un hotel apenas puede ofrecer ya novedad alguna. Las necesidades del hombre que puede satisfacer un hotel son muy limitadas, y ya está lograda su satisfacción por este tipo de albergues humanos.

Lo nuevo, lo increíble, lo que nadie ha solicitado, pero muchos han creído oportuno ofrecer al Turismo, son las urbanizaciones que surgen entre pueblos o a su vera. Son a un tiempo plaga y exponente del vivir 66.

Cuando arrecia el problema de la vivienda en todos los países parece realmente genial gastar y gastarse construyendo viviendas que sólo den de vivir durante unas breves semanas a las gentes. Deben ser razones de muy alta economía—rayana en la codicia—las que hacen posible construir abundantes viviendas a lo largo de las rutas del Turismo y vedan el construirlas allí donde las gentes tienen su trabajo y merecen tener su hogar. Naturalmente, esto es sólo una obligación moral que pesa sobre nosotros to-



dos, ciudadanos de una ciudad; lo otro es un caso de inversiones rentabilísimas.

Prescindiendo de esta previa cuestión, a mi entender grave, sin embargo, las urbanizaciones que florecen a la vera del mar, en lugares gratos de descanso, son de tres categorías: aceptables, feas, intolerables.

Intolerables los rascacielos. Torres sin agilidad, aisladas, que se habitan sólo en sus extremos—superior, inferior—y en algunas de sus fachadas. Todas ellas rompen el paisaje. Y esto no sólo es una fea acción, sino una acción peligrosa. No se crea que todo Turista queda satisfecho con un comer barato, un sol seguro y un albergue no incómodo contra la intemperie. Muchos hay que buscan algo más: belleza en torno, sosiego en la armonía del paisaje.

Feas son algunas urbanizaciones integradas por viviendas pequeñas, de poca altura, pero tan desangeladas que no se comprende cómo han podido tener por autor a un arquitecto.

Aceptables son las urbanizaciones que forman un conjunto construido, bien rimado con el entorno. Y esas dispersas casitas, que

parecen ovejas sueltas por las laderas del monte. Más bello puede parecer—y lo es—el bosque con el suelo cubierto sólo de helecho, pero no se rompe todo porque en el bosque, a veces, se abra paso un jardincillo. Más bella es la Costa pura, pero a veces una construcción acertada puede ser tan bella como un faro de piedra, encendido al sol.

Las gentes parecen haber respondido bien a la voz de estas viviendas perfectamente acondicionadas, en su mayoría, para satisfacer las necesidades de un veraneante—burgués medio. Ofrecen estas urbanizaciones cierta independencia familiar, y posibilidad cierta de hallar compañía, toda vez que se desee. Sobre todo resuelven el problema de los niños, y el de la toalla playera.

Se pueblan más rápidamente los lugares en que hay personal especializado para atender a los niños en jardines especiales y con sus piscinas de poco calado. Tal vez el problema más acuciante del Turista es el niño. Allí donde le resuelvan este problema de cuidarle al niño—a los niños—llegarán los turistas en masa.

Ahora bien: el personaje material más im-

presionante de este verano fué, sin duda, la toalla playera. Para bien, para mal: así es. Todas las viviendas, todos los cuartos habitables por el veraneante están dispuestos para recibir y procurar secar estos toallones. Pero lo serio, lo grave no es que se tenga en cuenta esta prenda del verano a la hora de distribuir viviendas. Es que el verano 66 ha sido un verano entoallado. Sí, esto es grave. Parece que lo esencial no sería preocuparse por dar de vivir a las gentes durante el tiempo de sus vacaciones, sino ver cómo se logra que no sea tamaño personaje la toalla playera. ¡Ay juventud 66! ¿Qué buscáis los a medio crecer para vivir vuestra más auténtica vida? ¿Una casa? ¿Una tienda? ¿Con qué requisitos la exigiréis dentro de pocos años?

Un poco de limpieza, un poco de orden, un poco de buen comer, un mucho de sol, un gasto pequeño... he aquí lo que buscan las gentes en verano para la hora de su ocio. Y las exigencias materiales de las personas en disfrute de vacaciones se hallan bastante cumplidas.

Lo demás..., demasiadas toallas playeras.

